

Matar un conejo

Mónica Lavín

A través de libros como Nicolasa y los encajes, Retazos, Ruby Tuesday no ha muerto y Café cortado, entre otros, Mónica Lavín ha consolidado una obra que la sitúa entre las narradoras más originales de la literatura mexicana actual. En esta ficción, ubicada en pleno franquismo, Mónica confirma su trayectoria.

1

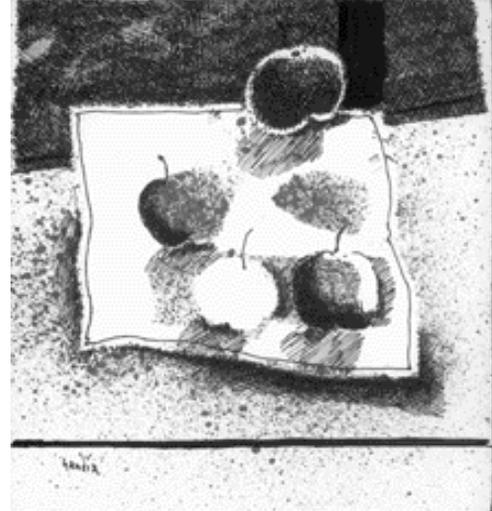
Era su viaje de bodas y la extremeña insistió en que pasaran a su pueblo. No les pareció mal aceptar la hospitalidad de la amiga que se había mudado a Madrid para hacer estudios de enfermería hacía ya muchos años. En tiempos de Franco. En tiempos de Franco se había quedado aquel pueblo metido en el bosque. Ella manejaba el auto cuando entraron por la calle principal de Vega de la Reina. Un pueblo encalado y quieto, una pequeña escenografía sin letras ni indicios de modernidad. La pareja miró con asombro a los viejos y a las viejas vestidos de negro que también los miraban con asombro. No era un pueblo al que visitaran extranjeros. Siempre alguien que llegaba tenía que ver con alguien. Por eso se abrían ventanas, algunas cabezas volteaban a ver ese auto amarillo circulando por Primo de Rivera, un nombre grandote para una calle discreta que debió haberse llamado en algún tiempo Olmo o Roble o tener nombre de río. Cuando llegaron a la casa de los padres de la extremeña, la madre, rubicunda, con ese hablar aspirado de la tierra del alcornoque, los recibió con mucha alegría y señaló la habitación que les tenía preparada. La pareja no podía intercambiar im-

presiones, se iba guardando los asombros y los cotejos para mejores momentos. Solos por un segundo mientras colocaban la maleta en un banquillo, él reparó en el crucifijo sobre la cabecera de latón y ella en el colchón espumoso. Los dos se habían mirado cuando la foto del generalísimo les saltó a la vista a la entrada de la casa. Hacía tiempo ya que Franco había muerto y sólo pudieron decirse ¿viste?, antes de que la extremeña entrara. Qué suavcito, dijo la mexicana, tocando el colchón de la cama. Es de lana, dijo la extremeña. Ya nadie usa estos colchones pero aquí en el invierno son necesarios.

El padre de la extremeña era guardabosques así que partieron otra vez en el Seat a buscarlo. La pareja no conocía a un guardabosques de cerca y para saludarlo tuvieron que subir por una escalera de metal a la caseta desde la cual el padre de la extremeña vigilaba ese coto de coníferas y robles. Olía a resina y estaba fresco. Ella tuvo miedo y él dijo que no mirara abajo. La extremeña iba la primera así que ellos pudieron cruzar una mirada de silencio contenido. Empezaban a temer la pérdida de intimidad. Al guardabosques no se le entendía lo que hablaba pero señaló a los cuatro puntos cardinales que su vigilancia abarcaba y explicó que debía estar atento al humo, prin-



Vicente Gándia



Vicente Gándia

principalmente en verano cuando los bosques ardían. A la pareja le gustó la vista desde lo alto y él tomó su mandisco retamente. Había algo hermoso en disfrutar esas alturas. Y por un momento afortunado ninguno habló, ni siquiera la extremeña que parecía siempre tener ansias de llenar el silencio, como si con un torrente de palabras los estuviese atendiendo mejor.

Dile a tu hermano que maten un conejo para la noche. ¿Os gusta el conejo?, dijo con amabilidad el guardabosques. No pudieron negarse. Él tenía especial gusto por esa carne blanca y silvestre. A ella le daba por pensar que se comía el conejo con la misma avidez que recorría su carne blanca. Y esa avidez le gustaba. ¿Matar un conejo?, preguntó ella que no había participado de sacrificios para recibimientos. La extremeña se rió. Conocía la Ciudad de México porque eran viejas amigas de residencia estudiantil cuando la mexicana visitó Madrid por primera vez. Aplaudía la idea de su padre y quiso bajar de prisa para pedirle a su parentela que matara al conejo. Los mexicanos fueron testigos de la parada que hizo en una casa muy parecida a la de sus padres. Hay que matar un conejo, dijo al chico que le abrió la puerta.

La extremeña los llevó por una carretera estrecha al pueblo contiguo donde hacían cerámica desde tiempos remotos con ánimo de que compraran algo para el estreno de la casa y ellos sólo se decidieron por una jarra decorada con racimos de uva. Parecía propia para servir el vino. ¿Será blanco o café?, preguntó ella de pronto en el claro donde se pararon a comer los bocadillos de jamón preparados por la madre de la extremeña. ¿Qué?, preguntó la amiga desconcertada. El conejo. La extremeña echó a reír. Hija, quién sabe, tendrá los ojos rojos, como el vino que bebe tu marido, dijo señalando el chorro que salía de la bota a la boca de su marido. Marido, pensó. Mar-ido, le pareció curioso y como no podía cotejar con diccionario alguno se concentró en ver la relación entre

el mar que se iba con el hombre que se quedaba a su lado. ¿Qué mar se me ha ido?, pensó mientras su garganta parpadeaba para tragar el vino de la bota. Era una recién casada feliz. Tal vez las viejas y los viejos del pueblo los miraban pasar reconociendo ese estreno del matrimonio. Eran esponjas ávidas del mundo, juntos eran invencibles. Juntos no podía herirles que la familia que los hospedaba era familia enemiga. ¿Hubiera sido?, ¿o era? Que los dos hubieran nacido en México mucho tenía que ver con la foto del generalísimo en la casa de su amiga, con que hubiera vencido a los de su bando y gobernado por cuarenta años. Por eso les había perturbado cuando la miraron, porque sin hablarlo se sabían sobrevivientes de una batalla: eran hijos de la derrota. Eran los que eran porque heredaron la pérdida y las ideas. No podían evitar que les doliera el desarraigo heredado. Él sabía que su padre hubiera muerto si el hermano de su padre, cuando presos, no lo suplanta. El padre de él lo contaba a menudo: le debía la vida al hermano y por eso la gratitud era infinita y haría lo que fuera por el bien del hermano que fingió ser él, pues él estaba tan flaco, tan en los huesos que hubiera muerto con aquellos trabajos rudos. Ella lo miró reconociéndole los pensamientos. Aquí estaba él festejando con los enemigos y comiendo del jamón que ellos mismos curaron y bebiendo de su bota y esa noche dormiría en su cama.

Subieron al Seat porque la amiga quiso llevarlos a los hilados que hacían en un caserío cercano e insistió que los manteles eran más fáciles de llevar a casa. Y ella preguntó qué harían con la piel del conejo blanco o café. La extremeña se rió de tanta preocupación por el animal. Y ella lo imaginó entre el verdor del bosque sorprendido por los pasos de los captores, echando a correr con esa velocidad de liebre, estirando su cuerpo en el aire para librar el terreno, para dejar atrás a los del rifle, los cazadores que querían matar un conejo para agasajar a los mexi-

canos. Sus ojos rojo sangre para acompañar el sacrificio, el banquete entre enemigos, los juguetes de su madre que se quedaron en la calle del Pez porque sólo podía escogerse una cosa. Ni la casita de muñecas, ni el juego de té, ni la rubia de los caireles. Farina fue la elegida. Pensó que tal vez el conejo sería negro como Farina. Y se sintió mal de sufrir por una guerra lejana. Le pareció inoportuno que le asaltaran las congojas que no eran de ella. ¿O de quién eran? ¿De quién cuando la abuela contaba de su Madrid imborrable en la memoria, de la despedida con su hermano en Port Bou? ¿De quién cuando su madre contaba del asesinato en el barco y de cómo se reían de que hablara con la zeta? ¿De quién eran cuando su abuela se tiraba al piso cuando tronaban cohetes, su madre comía tortilla de patatas con picante y ella sumaba las nostalgias de la pertenencia en algo indefinible?

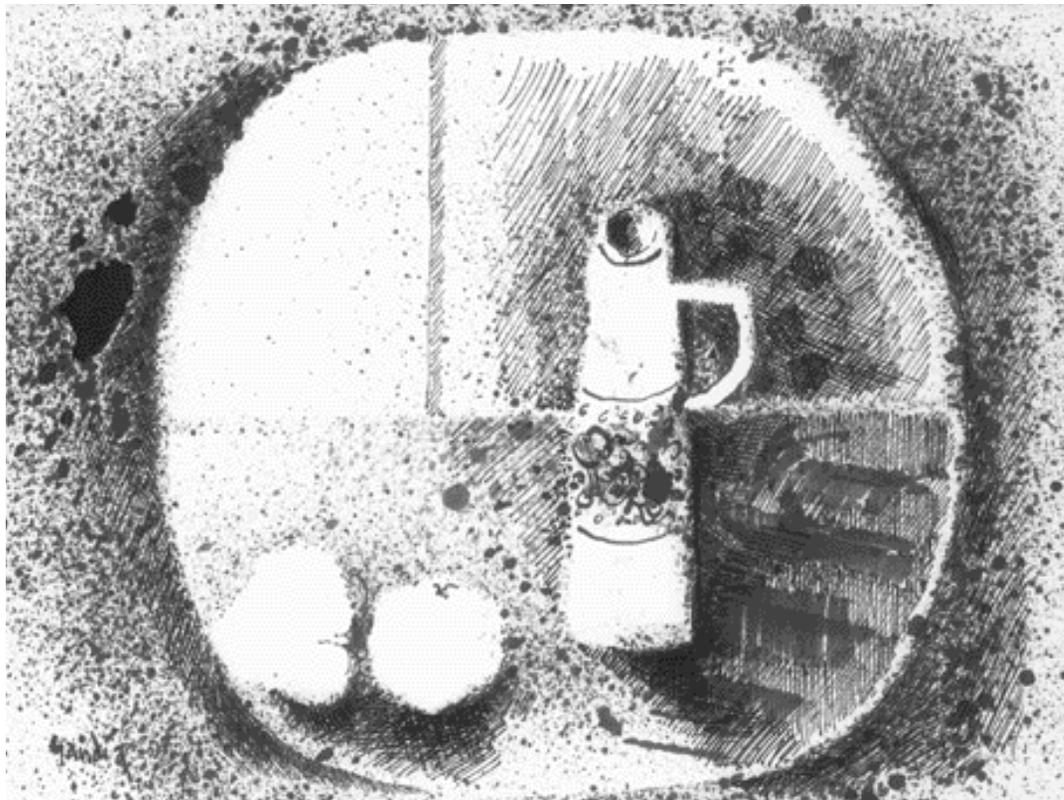
¿Y qué hacen con los ojos?, preguntó por salir de la zozobra, del barco y de Farina.

Él le apretó la mano como si entendiera. La extremeña se rió de nuevo. Los frien, dijo por molestar. Y los llevó a la casa donde hacían los deshilados. La pareja se suavizó entre tanta blancura almidonada. Pensaron en bautizos y primeras comuniones, en bodas donde el blanco reina y sintieron que todo estaba en orden. Que el blanco existía y que era bueno para la mesa. Compraron un mantel para la mesa rectangular que ya tenían y cuando se subieron al coche ella afirmó que el conejo sería blanco. Y estuvo en paz.

Por la noche había refrescado cuando caminaron al mesón donde sería el festejo. Una gran mesa estuvo dispuesta y muchos saludos enfáticos les cayeron encima. Hubo patatas al alioli para empezar y una ensalada y pimientos rojos y luego llegó el conejo en una salsa espesa. Y entre el vino y el sabor de la comida, la abundancia hizo lo suyo: alaciar asperezas y limar la historia. Al fin y al cabo ellos estaban de paso, como el conejo en el solar. Arropados por el vino y la tibieza del colchón, durmieron abrazados y los párpados cubrieron los ojos sangre del conejo sacrificado.

II

Yo no quería venir. No sabía si quería venir. Quería y no quería. Me gustaba la idea de subirme al avión y viajar muchas horas y llegar a otro país. Pero no quería hacerlo sola. Me asustaba no conocer a la prima y a los tíos con que iba a pasar aquellas vacaciones. Pero mamá insistió: tienes once años y el boleto cuesta menos. No sabía que mi prima era mayor que yo. Mejor dicho lo sabía y no porque cuando Salud mandó su foto no parecía haber mucha diferencia conmigo pero cuando yo bajé del avión y nos subimos a la parte de atrás del Seat y nos quedamos mudas, tuve la certeza (y supe que ella también la tenía) de que yo era más pequeña, que no tenía pechos, ni usaba brasier, ni me rasuraba las piernas. Salud en



Vicente Gándia

cambio se depilaba además la ingle y el bigote, me enteré cuando nos fuimos a la playa. Después de un poco de Madrid y mucho de otros tíos y primos que me parecían lejanos pero en quienes reconocía una mirada, un fruncido de la boca como la de mis propios tíos, Salud y yo nos volvimos a sentar en silencio en la parte trasera del Seat y marchamos a Málaga. Te gustará el piso, decían los tíos que se acababan de comprar uno. Yo creía que era un pedazo de patio con un acabado de losetas como las que le hubieran gustado a mi madre y a mi padre para sentarse a tomar la copa y el sol con los amigos. No entendía tanto orgullo por un piso hasta que comprendí que el piso al que se referían los tíos estaba a treinta metros de altura, que tenía techo y recámaras y baños. Y en el piso aquel, Salud y yo dormíamos hasta muy tarde cada mañana y entonces sí me parecía que teníamos la misma edad, que nos gustaba dormir mucho y amanecer tarde y no meternos al mar. Salud me hizo caminar por la orilla y sentir la espuma y se burló cuando salí despavorida, helada por aquel mar inusitado. Es que no es como en México, se burló y entendí que Salud hubiera corrido feliz las olas si estuviéramos en Ixtapa o en Puerto Escondido. También nos volvimos amigos del que vendía las paletas heladas: los polos. Me pareció curioso que en España se comieran pedazos de los casquetes del planeta, tan sencillo como decirle paletas heladas. El del puesto nos platicaba de su novio. ¿Dijo novio?, le pregunté a Salud por lo bajo cuando el hombre atendía a unos niños. Sí, eso ha dicho, contestó displicente como si ella estuviera acostumbrada a que los hombres salieran con chicos en vez de chicas que eran las palabras con las que yo ya empezaba a pensar porque nadie decía muchachas y muchachos y yo no quería que se notara que no era de allí. Me daba vergüenza que me cantaran como Pedro Infante o que imitaran a Cantinflas de quien yo ni siquiera había visto alguna película. Es azafato, volvió a arremeter el vendedor de polos. Es majísimo. Y Salud y yo lo escuchamos como si fuera una amiga nuestra que nos contaba cuánto le gusta cómo la mira un galán. A lo mejor te toca en el avión de vuelta, preguntas por el Pepi, me decía entusiasmado. Nos vemos tan poco, suspiraba. Salud y yo lo saludábamos todos los días de aquellas semanas de playa como si fuera ya cosa nuestra o cosa de la playa y cada mañana dormíamos hasta más tarde y cada noche duraba más pues hablábamos sin parar y nos reíamos del novio del Pepi y del cigarro que habíamos fumado en la terraza del piso a la media noche.

Volvíamos en el coche a Madrid, era el turno de Salud de llevar los audífonos puestos. Tarareaba algunas canciones y sus padres volteaban de cuando en cuando y se burlaban del volumen incontrolado de la voz de su hija. De pronto se oyó un chirrido y el tío frenó con brusquedad. Me fui de bruces contra el respaldo y Salud preguntó asustada: ¿Qué pasa?

Sin contestarnos, el tío y la tía abandonaron el auto y se dirigieron a la parte delantera. Los mirábamos expectantes. Sin saber a quién habían matado y qué nos esperaba. Salud dijo muy seria: mi padre irá a la cárcel. Ya se ponía dramática y yo nerviosa cuando el tío mostró al animal que pendía de las orejas que él apretaba. Es un conejito, dije halagada. Me temo que ya no, dijo el tío apenado.

¿Qué va a ser si no?, se burló mi prima. Un conejito muerto, dijo su padre. Qué mal gusto, lo reprendió la mujer. Buen gusto porque nos lo comeremos. Salud lo miró con asco. Yo no quiero llevarme un conejo muerto, protestó. Lo llevará la cajuela dijo la madre sacando una bolsa de plástico de la cajuelita y dándosela al marido para que metiera al conejo y lo echara atrás.

—Acabemos de una vez —remató.

El tío abrió la bolsa transparente y deslizó al animal café pálido como en una de esas bolsas que usaban para los cadáveres en los programas policíacos que veía con mi papá. Luego le puso una etiqueta con la fecha y anotó “conejo de la carretera”. Después de guardarlo arrancó de nuevo y se volvió hacia la tía para saber cuándo cocinaría al animal.

—Pronto, pronto.

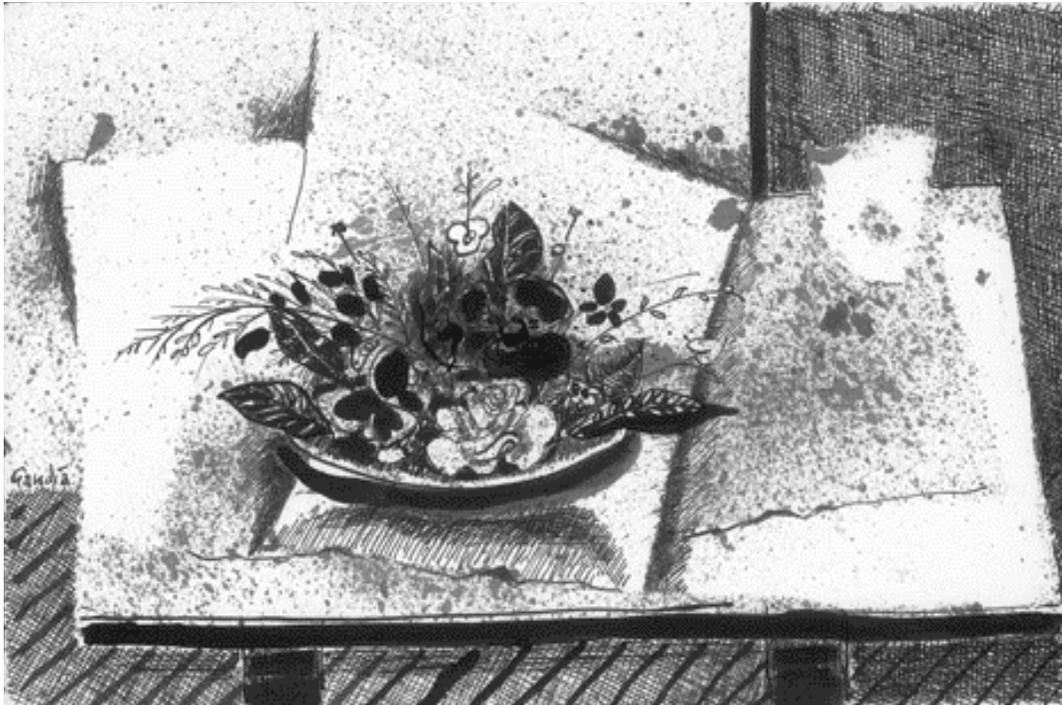
Pero la medida del tiempo de la tía sin duda era otra de la mía. No supe su extensión. Estuve dos semanas más en Madrid y conocí algunas partes de la ciudad. La ciudad se parecía más a mi propia ciudad y no me sentía tan ajena. Algunas palabras y expresiones me eran familiares, algo quedaba de mis abuelos que vinieron de España, algo de esa guerra de la que hablaban sobre todo cuando comíamos tortilla de papa y yo pedía otra ración y los demás sonreían gustosos por mi inclinación a ese platillo cotidiano. Salud y yo seguimos charlando por las noches y yo me rasuré las pantorrillas a instancias de ella y curiosidad mía; la misma en que nos dio por ver si en el congelador había polos y nos topamos con el conejo dentro de su bolsa de plástico, como un muerto esperando veredicto. En verdad se lo iban a comer. Aquello no era una broma. Qué horror, le dije a Salud. Mamá lo cocina con caracoles delicioso, contestó la prima haciéndose la valiente, mientras me pedía que lo sujetara para que ella alcanzara los polos de mandarina. Entonces miré ese cuerpo estirado, el pelo opaco pegado al cuerpo y los ojos cerrados. Los mismos con que mirara eclipsado los faros rojos del auto, cierto de reconocer ese color, hipnotizado por aquella liebre gigante, por aquel familiar desmesurado, presto a brindar su apoyo y chulear sus descomunales órbitas.

III

—Me lo regalaron —mintió la niña a su madre.

—¿Y qué vamos a hacer con él?

—Yo lo cuido —se defendió.



Vicente Gándia

—Está muy bonito —lo acarició la hermana mayor.
—Se llama Bolita.

—Pues no estoy muy segura que Bolita se pueda quedar en casa. Los conejos crecen —subrayó la madre.

—Mientras crece —insistió la pequeña abrazando el cuerpo tibio del animal.

—Sí, mamá —insistió la grande—. Lo cuidaremos nosotras.

—¿Dónde va a vivir?

—En su caja —señaló la pequeña la caja de cartón en que lo había traído esa tarde después de la escuela.

—¿Te lo regalaron en la escuela? —La vio la madre con sospecha.

—Una niña de secundaria. Lo iban a usar para una práctica de laboratorio pero no fue la maestra.

—Te lo pedirá mañana —dijo la mamá que intentaba ir a la cocina a prepararse un café.

—Me lo regaló —puntualizó la hermana menor.

—Bolita, Bolita —le frotó la pelambre blanca la mayor.

—Pero la caja tendrá que estar afuera en el patio —cedió la mamá.

—Pero el frío...

—Los animales viven a la intemperie.

La niña supuso que aquella palabra era algo así como impermeable y que el pelo del conejo le evitaría pasar fríos y mojarse.

Saliéron gustosas al pequeño patio donde se lavaba la ropa y colocaron la caja en un rincón entre las ruedas de las bicicletas.

—Trae lechuga —ordenó la mayor.

—Y zanahoria —añadió la menor que esculcó el refrigerador en busca de comida de conejo.

Se despidieron de él a regañadientes, sólo porque su madre las llamó a cenar.

—Hasta mañana, Bolita —dijo la pequeña mirándolo con enorme cercanía.

—Conejo, liebre, ...son algunos de los nombres de este animal que hoy vive con nosotras —puntualizó la mayor mientras cogía un poco de espagueti de su plato.

—Vivirá mientras sea chiquito —subrayó la mamá.

—¿Cuánto es chiquito? —Preguntó la pequeña.

Mamá hizo una seña ambigua y a las niñas les pareció que para aquel tamaño como el de la olla donde recalentaban los frijoles faltaba una eternidad.

—Y hay que limpiar su caja diario —dijo mamá.

—Las cacas de Bolita —se burló su hermana—. Lo bueno es que son bolitas.

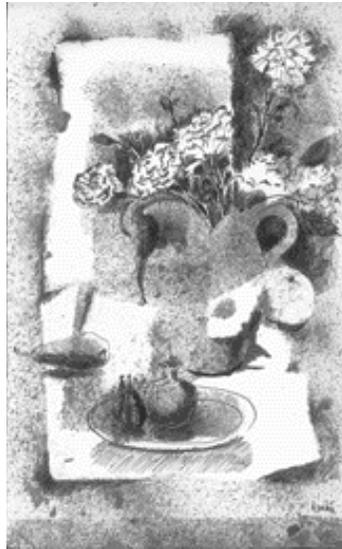
Antes de salir a la escuela a la mañana siguiente, la hermana menor fue a buscar a Bolita. Lo acarició, le puso agua en un recipiente de plástico y vio la cantidad de bolitas de caca que tendría que limpiar a la vuelta. Le dio más lechuga y zanahoria.

—¿Cómo es posible que coman tan aburrido los conejos? —Le preguntó a su madre.

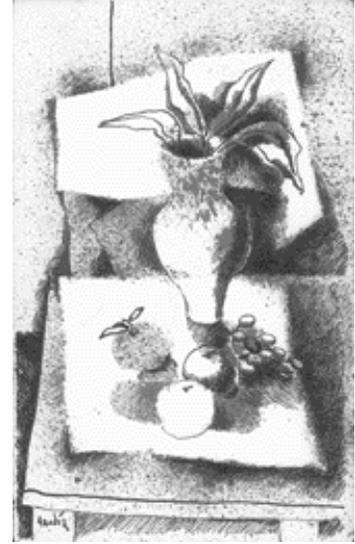
—Son roedores. No tienen un menú muy variado. Son vegetarianos.

—¿Como mi tío Luis?

—Como él, pero sin sentimentalismos.



Vicente Gándía



El tío Luis siempre hablaba del sufrimiento de los animales y mamá no soportaba sus comentarios mientras servía del platón de carne tártara que tan bien preparaba.

Fue antes de que creciera Bolita hasta el tamaño de la olla de los frijoles que mamá dijo que era mejor para Bolita irse de allí. Que un patio como el de la casa no era para estar suelto. Le había sucedido a la muchacha que iba a lavar la ropa cuando bajó de la escalera que llegaba al tendedero. Oyó un gemido agudo y rápido. Había pisado la pata del conejo.

Cuando llegó la pequeña del colegio, como siempre fue al encuentro de Bolita. Lo acarició y le dijo cosas bonitas pero cuando lo intentó cargar vio que la pata delantera de Bolita se quedaba estirada. Lo bajó al piso y vio el rengueo de Bolita. ¿Qué le pasó a Bolita?, gritó asustada. La muchacha le contó cómo no lo vio pues ahora se salía de la casa y se arropaba con los periódicos o las botellas sueltas.

—Le quebré su patita —dijo compungida.

La niña pidió a su madre llevar al conejo al doctor. Y su madre dijo que no había visto a nadie hacer el ridículo de esa manera.

La hermana mayor dijo que ahora sí necesitaba más cuidados Bolita. Que no podía quedarse en el patio así nomás.

Entonces la mamá aclaró que un perro cojo como un perro o caballo sufren, que no era bueno que siguiera allí. Que era riesgoso. Imaginen si le ha caído en la cabeza algo.

—Hay que deshacerse de él.

La hermana menor empezó a llorar tomando a Bolita y recargándolo en su pecho con la patita lastimada.

—Pobre Bolita —le repetía.

—Hija —dijo la madre—, Bolita sufre con su pata coja, le debe doler, será un impedimento. Iba a crecer

¿recuerdas?, y se iba a ir. Sólo será un poco antes y lo iremos a despedir.

La niña se quedó con la palabra impedimento. Su conejo tenía la pata rota, su madre había roto su palabra.

—Hasta que crezca, mamá —dijo llorosa—. Hasta que sea como la olla de los frijoles y corrió a su cuarto.

La niña no tenía aún la palabra. Impotencia.

Esperaron una semana. Fue la propia hermana menor la que le dijo a su madre que le dolía verlo arrastrándose por el patio, que estaba más flaco (o flaca, la verdad no lo sabían) Bolita. La madre le dijo que había averiguado de una granja de animales donde los niños van a conocer a los animales, que allí lo llevarían y lo podrían ir a visitar. La niña pensó en Rita, en el labrador negro que su madre regaló cuando se mudaron de casa, de vida, sin papá y sin Rita. Pensó que lo habían regalado a una conocida para poder visitarla. Nunca habían ido.

Cuando la pequeña, con su hermana mayor, entregó a Bolita en la granja de mascotas sintió que su mano se quedaba allí adherida a la blanca suavidad de su pelo. Cuando lo vio arrastrar su cuerpo para perderse entre otros conejos, pensó en Imposible. Estuvo cierta de que no volvería a querer a ningún conejo.

4. RECETA DEL ABUELO

El conejo se pone en cazuela de barro con cinco ajos machacados, un ramillete de hierbas de olor, oréganos, dos hojas de laurel, una cucharada de pimienta en grano, una cucharada de pimentón rojo, una botella de vino tinto y sal. Se deja marinar toda la noche. Se enharinan las piezas, se fríen hasta dorar y se ponen a cocer con la marinada (una media hora). El caldo se cuele y se agrega. Ideal con papas a la francesa. [1]